

haber leído un trabajo bien estructurado y de haber encontrado luces nuevas para la comprensión del arrianismo en Occidente, amén de haber descubierto una buena edición crítica de estos escolios arrianos.

DOMINGO RAMOS-LISSÓN

Agustín ARCE, *Itinerario de la virgen Egeria (381-384)*, Madrid, ed. Católica («BAC», n. 416), 1980, XXXII + 356 pp., + 15 láminas, 12 × 20.

La primera noticia que nos ha llegado sobre la existencia de este *Itinerarium* se la debemos a Valerio, monje del Bierzo, que en el siglo VII tuvo en sus manos este relato de su coterránea Egeria. Después han tenido que pasar bastantes siglos hasta que Gamurrini publicara esta obra a finales del siglo pasado. Gamurrini (1835-1923) descubrió un códice en 1884 en el que se contenía el *Itinerarium*. Este códice del s. XI procedía del monasterio benedictino de Monte Casino, y a fines del s. XVI fue trasladado a Arezzo. El códice tiene dos partes: La primera contiene el *Tractatus de mysteriis* y los *Hymni* de San Hilario. La segunda contiene el *Itinerarium* de Egeria, pero de modo incompleto, pues le falta un gran trozo al principio y algo al final. Desgraciadamente se trata de un ejemplar único, pero, como bien señala Arce, «aún queda alguna esperanza de hallarlo entre el rico material de los archivos de Asturias, León o de Galicia, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, en Toledo, etc.» (p. 37).

De Bruyne encontró algunos fragmentos en 1909 en la Biblioteca Nacional de Madrid, entre los manuscritos de Toledo 14,24. Son nueve hojas que forman parte de un manuscrito del s. IX, y que contienen breves notas siguiendo el mismo orden del *Itinerario*.

Gamurrini publicó el *Itinerarium* por vez primera en 1887. Posteriormente Pomialowsky hizo una nueva edición con traducción rusa en 1889. Más tarde, en 1898, Geyer publicó una edición muy cuidada en el «Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum». Otras ediciones posteriores hicieron Heraus (1908, 1921, 1929, 1939) y Prinz (1960). Por último Franceschini y Weber publicaron en 1965 la suya en el «Corpus Christianorum. Series Latina», t. 175, pp. 37-90. Esta es la mejor edición crítica realizada hasta el momento y es la que emplea nuestro autor en la presente obra.

El volumen que nos ocupa consta de una extensa introducción en la que el autor nos ofrece un estudio muy completo sobre Egeria como autora del *Itinerario*, así como de las diversas circunstancias históricas que rodean el viaje, lugares visitados y de la liturgia de Jerusalén en esta época. A continuación presenta los textos propiamente dichos en edición bilingüe, a doble página, y convenientemente anotados. Inserta primero el *Itinerarium Petri Diaconi*, de 1137, que escribiera un monje de Monte Casino, teniendo a la vista un ejemplar del *Itinerarium Egeriae*. Acto se-

guido va el *Itinerario* de Egeria dividido en dos partes: una narrativa y otra litúrgica. Como textos auxiliares se añaden al final el *Itinerarium Burdigalense* del 333, la carta de Abgar y la respuesta de Jesús, y unos capítulos de la *Vida de Constantino* de Eusebio de Cesarea sobre la obra constantiniana del Santo Sepulcro del 325 al 335. Se completa la obra con unos índices: bíblico, de personas de la bibliografía, de personas y lugares, materias, liturgia de Jerusalén y Oficios y fiestas del año. Al final se reproducen 15 láminas de mapas, planos y fotografías de los lugares visitados por Egeria.

Cuando terminamos la lectura de este libro resulta grato constatar que nos hallamos ante un buen trabajo, tanto por lo que se refiere a la investigación seria que ha realizado el autor en la parte introductoria, como por lo que respecta a la traducción, que nos parece muy cuidada y fiel al texto latino.

Nos parecen especialmente interesantes las indicaciones de Arce sobre la autenticidad egeriana del *Itinerarium*. Al no haber sido halladas las primeras páginas del ms. de Arezzo, se han ofrecido distintas versiones sobre la persona que escribiera el *Itinerario*. Gamurrini se lo atribuyó a una tal Silvia. Pero ya en 1903 Dom Ferotín aportó fuertes argumentos a favor de Egeria. Estos argumentos han sido retomados y reforzados por nuestro autor.

Respecto a la patria de Egeria también se ha escrito de forma muy dispar. El A. demuestra con un buen acopio de datos y razones que la patria de Egeria es Hispania, y más en concreto, un lugar de la Provincia de «Gallaecia». En una nota aclaratoria sobre los orígenes de esta provincia dirá: «Más tarde, cuando el emperador Constantino Magno el año 350 hizo nueva repartición de provincias, toda esta parte de España fue separada de la 'Tarraconensis' formando una provincia particular, llamada 'Provincia Gallaecia'» (p. 4, n. 2). A este respecto nos permitimos puntualizar que los orígenes de la «Gallaecia», como provincia separada de la «Tarraconensis», hay que remontarlos a Caracalla (Cfr. «Corpus Inscriptionum Latinarum». II, p. LXXXVI; Pauly, Wisowa, Kroll, *Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft* (Stuttgart 1893), III/1, s. v. *Callaici*, 1359; J. M. Blázquez, *Ciclos y temas de la Historia de España: La Romanización*, I (Madrid 1974), p. 24.

Hemos echado de menos en p. 28, n. 1 la cita de la edición del *Chronicon* de Idacio, publicada por A. Tranoy en *Sources Chrétiennes*, 218-219, pues, a nuestro entender, se trata de la mejor edición crítica disponible.

También hubiéramos deseado una mayor precisión en relación con el género de vida espiritual que llevaban Egeria y sus compañeras. Así cuando el autor afirma que «Como la hermana de Osio, Egeria viviría por aquellos mismos días con sus compañeras en un monasterio de vírgenes» (p. 68). Y un poco más adelante nos dice que «vivían en comunidad» (p. 69). A nuestro entender, que Egeria viviese en comunidad, no es más que una hipótesis posible, pero nos parece excesivo afirmarlo rotundamente. Por otra parte, nos resistimos a creer que la hermana de Osio (256-357) viviese una vida monástica. Si consideramos que el nacimiento del monacato se suele situar en Oriente, a partir de San Antonio († 356)

se hace difícil comprender que en la Hispania de la segunda mitad del s. III estuviese ya establecido el monacato femenino. Nos resulta más razonable pensar en la hermana de Osio, como una virgen cristiana que vivía su dedicación a Dios, sin apartarse de su familia, aunque llevase una vida piadosa, como las vírgenes cristianas de la época primitiva. En consecuencia, también cabría pensar, como hipótesis, que Égeria no llevase una vida monástica, sino que formase parte de un grupo de vírgenes de una Iglesia local. Podría avalar este supuesto el hecho mismo de realizar un viaje tan largo a tierras tan lejanas.

Para terminar sólo nos resta felicitar al A. por esta excelente obra, que ayudará enormemente a dar a conocer la vida cristiana en el siglo IV a los lectores de habla hispánica.

DOMINGO RAMOS-LISSÓN

Bernardo Recaredo GARCÍA, *Espiritualidad y «Lectio divina» en las «Sentencias» de San Isidoro de Sevilla*, Zamora, ed. Monte Casino (Col. «Espiritualidad monástica. Fuentes y estudios», n. 8) 1980, 198 pp., 13,5 × 20,5.

Es un motivo de satisfacción comprobar el aumento de interés que muestran los estudiosos por la figura y la obra de San Isidoro de Sevilla, especialmente después de las investigaciones de Sejourné, Fontaine, Madoz, Díaz y Díaz, Campos y otros.

El santo obispo hispalense va siendo mejor conocido con estas nuevas aportaciones, pero tal vez sea en el campo de la espiritualidad donde se aprecie una mayor laguna de conocimientos. Por eso resulta grato leer la presente monografía isidora, que, por otra parte, tiene el aire de una tesis doctoral.

El A., después de indicarnos en el prólogo los objetivos y los límites del trabajo, hace una introducción en la que nos presenta un somero apunte biográfico del Hispalense y del libro de las «Sentencias», objeto principal del estudio. Divide el trabajo en dos partes. La primera, dedicada a la espiritualidad isidoriana según las «Sentencias» y en la que hace especial hincapié en el pecado y los obstáculos que impiden la perfección; y la segunda, consagrada a la «lectio divina», donde se precisan su naturaleza y alcance, a la vez que se destaca el papel de la Sagrada Escritura como lectura privilegiada. La obra finaliza con unas conclusiones que resumen el trabajo realizado.

En su conjunto, el presente volumen nos parece un tanto desigual. Consideramos que la segunda parte está más lograda que la primera. Hubiéramos preferido cambiar el titular de la primera parte por «Penitencia» o «Conversión», ya que —a nuestro entender— refleja mejor su contenido; de otra parte, el término «espiritualidad», empleado por el A., connota una mayor amplitud conceptual que la expresada en el escrito.